

MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS EN ESTADOS UNIDOS

W. BRUCE CAMERON

LA
RAZÓN DE
ESTAR CONTIGO
UN NUEVO VIAJE



Allí sentado en el muelle de madera que se adentraba en el lago, supe con certeza que me llamaba Chico y era un buen perro.

El pelo de mis patas era tan negro como en el resto de mi cuerpo, pero, con el tiempo, se me había vuelto un poco blanco en los extremos. Había tenido una vida larga y plena al lado de un chico llamado Ethan; había pasado muchas tardes perezosas en ese mismo muelle, aquí en la granja, disfrutando de un baño o ladrando a los patos.

Este era el segundo verano sin Ethan. Cuando murió, el dolor fue tan fuerte como nunca antes en mi vida. Ahora había disminuido, se había convertido en una especie de malestar en la barriga, pero continuaba sintiéndolo todo el tiempo. Solamente el sueño conseguía calmarlo: en mis sueños, Ethan siempre corría a mi lado.

Yo era un perro viejo y sabía que algún día, pronto, me embargaría un sueño mucho más profundo, tal como me había sucedido siempre antes. Ese sueño profundo me sobrevino cuando me llamaba Toby, en esa estúpida primera vida durante la cual mi único propósito había sido jugar con otros perros. También cuando me llamaba Bailey, la primera vez que conocí a mi chico y cuando el amor que sentía por él fue

mi razón para vivir. Me embargó otra vez mientras era Ellie y mi trabajo consistía en buscar y salvar personas. Así que cuando el sueño profundo viniera a buscarme la próxima vez, al final de esta vida como Chico, estaba seguro de que ya no volvería a vivir otra vez, de que había cumplido mi propósito y de que no había motivo para que volviera a ser un perro nunca más. No me importaba si eso sucedía ese mismo verano o el siguiente. Ethan, amar a Ethan, era mi propósito definitivo, y lo había hecho tan bien como había podido. Yo era un buen perro.

Y, a pesar de todo...

8 A pesar de todo, mientras estaba allí sentado, miraba a una de las niñas de la familia de Ethan que se acercaba con paso inseguro al final del muelle. Era una cría pequeña y no hacía mucho tiempo que había empezado a andar, así que temblaba a cada paso. Llevaba un pantalón bombacho blanco, corto, y una camiseta ligera. Me imaginé que me lanzaba al agua y que la sacaba a la superficie tirando de ella. Dejé escapar un cansado lamento.

Su madre se llamaba Gloria. Ella también estaba en el muelle, tumbada en una silla reclinable; tenía unos trocitos de verdura colocados encima de los ojos. Hasta hacía poco, sujetaba con la mano una larga cuerda que llegaba hasta la cintura de la niña, pero ahora la mano se había aflojado y la cuerda se arrastraba por el suelo mientras la cría se acercaba al extremo del muelle.

Cuando era un cachorro, cada vez que mi correa se soltaba, sentía el impulso de lanzarme a explorar. Y a la niña le había pasado algo parecido.

Era la segunda ocasión que Gloria visitaba la granja. La otra vez fue en invierno. Ethan todavía vivía. Gloria le había dejado a la niñita en los brazos y lo había llamado «abuelo». Cuando Gloria se fue, Ethan y su compañera, Hannah, pronunciaron el nombre de Gloria muchas veces durante varias

noches. Pero sus conversaciones estaban teñidas de emociones tristes.

También pronunciaron el nombre de Clarity. Era el nombre de la niña, a pesar de que Gloria solía llamarla Clarity June.

Estaba seguro de que Ethan hubiera querido que vigilara a Clarity, que siempre parecía estar metiéndose en líos. Justo el otro día, mientras yo estaba tumbado, gateó debajo del comedero de los pájaros y se metió un puñado de semillas en la boca. Asustar a las ardillas cuando hacían lo mismo era uno de mis trabajos. Pero no sabía muy bien qué hacer cuando vi que Clarity lo hacía, a pesar de que probablemente las normas no permitían que una niña comiera semillas para pájaros. Y supe que tenía razón al respecto, porque cuando, al fin, ladré, Gloria se incorporó sobre la toalla en que estaba tumbada y se enfadó mucho.

Miré a Gloria. ¿Debía ladrar? Los niños saltaban muchas veces al lago, pero ninguno de ellos era tan pequeño como ella. Por la manera en que caminaba, parecía inevitable que se mojara. A los críos solo se les permitía bañarse cuando los adultos los sujetaban. Miré hacia la casa. Hannah estaba fuera, arrodillada, jugando con las flores que había al lado del camino. Estaba demasiado lejos para poder hacer nada si Clarity caía al lago. Estaba seguro de que Hannah querría que yo vigilara a Clarity. Y supe qué era lo que debía hacer.

Clarity se estaba acercando al final del muelle. Solté otro lamento, esta vez en voz más alta.

—Cállate —dijo Gloria sin abrir los ojos.

No comprendí aquella palabra, pero el tono cortante resultaba inconfundible.

Clarity ni siquiera miró hacia atrás. Cuando llegó al final del muelle, se tambaleó un momento y cayó directamente al lago.

Hiné las uñas en la madera del muelle y salté al agua.

Clarity movía los brazos y las piernas con frenesí, pero tenía la cabeza por debajo de la superficie del agua. Llegué hasta ella en cuestión de segundos y la sujeté con los dientes por la camiseta. Le saqué la cabeza fuera del agua y fui hacia la orilla.

Gloria empezó a chillar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Clarity!

Corrió hasta la orilla y se metió en el agua justo en el momento en que yo hacía pie en el fangoso fondo del lago.

—¡Perro malo! —me gritó, mientras apartaba a Clarity de mí—. ¡Eres un perro muy muy malo!

Bajé la cabeza, avergonzado.

—¡Gloria! ¿Qué ha pasado? —gritó Hannah mientras corría hasta nosotros.

—Tú perro acaba de tirar a la niña al agua. ¡Clarity hubiera podido ahogarse! ¡Tuve que saltar para salvarla y ahora estoy empapada!

10 Estaba claro por su voz que las dos estaban enfadadas.

—¿Chico? —preguntó Hannah.

No me atrevía a mirarla. Meneé la cola un poco y unas gotas de agua salieron disparadas y salpicaron la superficie del lago. No sabía qué era lo que había hecho mal, pero estaba claro que había provocado que todo el mundo se enfadara.

Es decir, a todo el mundo menos a Clarity. Me arriesgué a mirarla un momento porque percibí que ella se debatía entre los brazos de su madre. La niña alargaba las manos hacia mí.

—Tico —dijo Clarity.

Tenía el pantalón empapado. Bajé los ojos otra vez.

Gloria soltó un bufido.

—Hannah, ¿te importaría quedarte con la niña? Tiene el pantalón completamente mojado y yo quiero tumbarme de espaldas para tener el mismo color en ambos lados.

—Claro —dijo Hannah—. Vamos, Chico.

Por suerte, eso había terminado. Salté fuera del agua meneando la cola.

—¡Oh, no! —chilló Gloria.

Me reprendió con seriedad y con una serie de palabras que no comprendí, pero dijo «mal perro» varias veces. Bajé la cabeza y parpadeé.

—Vamos, Chico —repitió Hannah. El tono de su voz era amable.

La seguí obedientemente hacia la casa.

—Tico —decía Clarity todo el rato—. Tico.

Cuando llegamos a la escalera de la parte delantera de la casa, me detuve un momento a causa de un extraño sabor que notaba en la boca. Ya lo había sentido otras veces. Me recordó una vez en que saqué de la basura una sartén metálica que despedía un olor muy dulce y que, después de lamerla, probé a mordisquear. El metal tenía un sabor tan malo que no me quedó otra que escupir. Pero ahora no podía escupir ese sabor: se había instalado en mi lengua y me invadía la nariz.

11

—¿Chico? —Hannah estaba de pie en el porche y me miraba—. ¿Qué sucede?

Meneé la cola y subí al porche. Cuando ella abrió la puerta, fui el primero en entrar en la casa.

Siempre era divertido cruzar esa puerta, tanto si era para entrar como si era para salir, porque eso significaba que íbamos a hacer algo nuevo.

Al cabo de un rato, mientras Hannah y Clarity practicaban un juego nuevo, monté guardia. Hannah llevaba a Clarity hasta arriba de las escaleras y luego ella bajaba los escalones arrastrándose por el suelo mientras Hannah la miraba. Entonces, le decía «buena chica» y yo meneaba la cola. Cuando Clarity llegaba abajo, le lamía la cara y la niña se reía, pero levantaba los brazos hacia Hannah de inmediato.

—Más —pedía—. Más, yaya. Más.

Y cuando decía eso, Hannah la cogía en brazos, le daba besos y la subía hasta arriba de las escaleras para que lo volviera a hacer otra vez.

Cuando estuve seguro de que estaban a salvo, fui a mi sitio favorito del salón, di unas vueltas y me tumbé con un suspiro. Al cabo de unos minutos, Clarity se acercó a mí arrastrando una manta. Llevaba esa cosa en la boca que siempre masticaba y nunca se tragaba.

—Tico —dijo.

Se puso a gatas en el suelo, llegó hasta mí y se enroscó a mi lado mientras se acercaba la manta con sus pequeñas manos. Le olí la cabeza: nadie en el mundo olía como Clarity. Su olor me llenaba de un sentimiento cálido que me invitaba a dormir.

Todavía dormíamos cuando oí que se cerraba la puerta exterior. Gloria entró en la habitación.

12 —¡Oh, Clarity! —exclamó.

Abrí un poco los ojos. Gloria se agachó y se llevó a la niña de mi lado. El lugar en que había estado durmiendo se quedó frío y vacío sin ella.

Hannah salió de la cocina.

—Estoy haciendo galletas —dijo.

Me puse en pie, pues conocía esa palabra. Meneando la cola, me acerqué para oler las manos de Hannah, que despedían un aroma dulce.

—La niña estaba durmiendo pegada al perro —dijo Gloria.

Oí la palabra «perro»; como siempre, la pronunció como si la hubiera hecho enfadar. Me pregunté si eso significaba que no tendría galletas.

—No pasa nada —dijo Hannah—. Clarity se puso a su lado.

—Preferiría que mi hija no durmiera al lado de un perro. Si Chico hubiera rodado a un lado, la hubiera podido aplastar.

Miré a Hannah, intentando comprender algo. Sabía que habían hablado de mí. Ella se llevó una mano a la boca y dijo:

—Yo... Vale, claro. No volverá a pasar.

Clarity todavía estaba dormida. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Gloria, que se la pasó a Hannah; se sentó a la mesa de la cocina con un suspiro.

—¿Queda algo de té frío? —preguntó.

—Te lo prepararé.

Hannah, con la niña en brazos, se fue hasta la encimera de la cocina. Sacó unas cuantas cosas, pero no vi ninguna galleta, a pesar de que su olor dulce y cálido llenaba la cocina. Me senté obedientemente y esperé.

—Creo que sería mejor que, mientras Clarity y yo estamos de visita, el perro se quedara en el patio —dijo Gloria.

Dio un sorbo de té mientras Hannah se sentaba con ella a la mesa. Clarity empezaba a despertarse. Hannah le dio unas palmaditas en la espalda.

—Oh, no puedo hacerlo.

Me tumbé y solté un suave gruñido. Me pregunté por qué las personas siempre hacían eso: hablaban de galletas, pero no le daban ninguna al perro por mucho que se lo mereciera.

—Chico forma parte de la familia —dijo Hannah. Levanté la cabeza con pereza para mirarla, pero no había ni rastro de galletas—. ¿No te he contado nunca cómo nos juntó a Ethan y a mí?

Al oír «Ethan» me quedé inmóvil. Últimamente se pronunciaba poco su nombre, pero cada vez que lo hacían no podía evitar recordar su olor y el contacto de su mano sobre mí.

—¿Un perro os juntó? —preguntó Gloria.

—Ethan y yo nos conocíamos desde niños. Habíamos sido novios en el instituto, pero después del incendio... ¿Sabes lo del incendio que le dejó la pierna mal?

—Tu hijo debe de haberlo mencionado en algún mo-

mento, pero no me acuerdo. En general, Henry habla de sí mismo. Ya sabes cómo son los hombres.

—Vale, pues después del incendio, Ethan... Había algo oscuro dentro de él. Y yo no era lo bastante mayor. Quiero decir que no era lo suficientemente madura para ayudarlo a manejarlo.

Percibí algo parecido a la tristeza en Hannah. De inmediato, supe que me necesitaba. Sin salir de debajo de la mesa, me acerqué a ella y puse la cabeza sobre su regazo. Me acarició con suavidad. Los pies de Clarity colgaban por encima de mí.

—Ethan también tenía un perro entonces, un bonito golden retriever que se llamaba Bailey. Lo llamaba su «perro bobo».

14 Al oír Bailey y «perro bobo», meneé la cola. Cada vez que Ethan me llamaba «perro bobo», notaba que su corazón se llenaba de amor. Él me abrazaba y yo le lamía la cara. En ese momento eché de menos a Ethan más que nunca. Y me di cuenta de que Hannah también lo añoraba. Le lamí la mano. Ella bajó los ojos y sonrió.

—Tú también eres un buen perro, Chico —dijo Hannah.

Meneé la cola al oír que me llamaba «perro bueno». Después de todo, quizás esa conversación terminara con algunas galletas.

—Bueno, cada uno siguió su camino. Yo conocí a Matthew, nos casamos y tuve a Rachel, a Cindy y, por supuesto, a Henry.

Gloria murmuró algo, pero no la miré. Hannah todavía me acariciaba la cabeza y no quería que dejara de hacerlo.

—Después de que Matthew muriera, decidí que echaba de menos a mis chicos y me mudé otra vez a la ciudad. Y, un día, cuando Chico debía de tener un año, estaba en el parque de perros y siguió a Rachel hasta casa. Llevaba una etiqueta en el collar y al leerla... Bueno, me sorprendió ver el nom-

bre de Ethan. ¡Pero mayor fue la sorpresa de Ethan cuando lo llamé por teléfono! Había estado pensando en pasar por su casa algún día para hacerle una visita, pero seguramente no hubiera llegado a hacerlo nunca. Por absurdo que parezca, las cosas no quedaron bien entre nosotros. Y, a pesar de que hacía mucho tiempo de eso, me sentía..., no sé, tímida quizá.

—No me hables de malas rupturas. Yo he tenido unas cuantas —dijo Gloria.

—Sí, seguro que sí —repuso Hannah. Bajó la mirada hacia su regazo y me sonrió—. Cuando vi a Ethan, después de tantos años, fue como si nunca nos hubiéramos separado. Nuestro destino era estar el uno con el otro. Por supuesto, eso no se lo conté a mis hijos. Pero Ethan fue mi único compañero del alma. Y, a pesar de ello, de no haber sido por Chico, quizá nunca nos hubiéramos vuelto a encontrar.

Me encantaba que pronunciaran mi nombre junto con el de Ethan. Hannah me sonrió. Percibí toda su tristeza y su amor.

15

—Oh, mira qué hora es —dijo Hannah de repente.

Se puso en pie y le pasó la niña a Gloria. Clarity se revolvió un poco, alargó un brazo y bostezó. Las galletas salieron del horno y su delicioso olor invadió la cocina, pero Hannah no me dio ninguna.

Por lo que a mí respectaba, tener tan cerca unas galletas tan tentadoras y que no me dieran ninguna estaba siendo la tragedia del día.

—Estaré fuera, quizás una hora y media —le dijo Hannah a Gloria.

Alargó la mano hasta un lugar donde guardaba algunos juguetes llamados «llaves» y oí el tintineo metálico típico que siempre asociaba con el coche. Miré, alerta, dividido entre el deseo de dar un paseo en automóvil y el de quedarme cerca de las galletas.

—Tú te quedas aquí, Chico —dijo Hannah—. Ah, Gloria, asegúrate de que la puerta del sótano esté cerrada. A Clarity le encanta trepar a todas las sillas que encuentra y he puesto un poco de veneno para ratas ahí dentro.

—¿Ratas? ¿Hay ratas? —preguntó Gloria, alarmada.

Clarity ya se había despertado del todo y se revolvía en brazos de su madre.

—Sí. Esto es una granja. A veces hay ratas. No pasa nada, Gloria. Asegúrate de que la puerta está cerrada.

Me pareció detectar cierto enojo en Hannah. La miré, ansioso, en busca de alguna señal que me indicara qué estaba pasando. Pero como solía suceder en ocasiones así, las emociones fuertes que yo percibía nunca se explicaban. Las personas son así, tienen emociones complejas que son demasiado difíciles de comprender para un perro.

16 Seguí a Hannah mientras ella salía de la casa e iba hasta el coche.

—No, tú te quedas aquí, Chico —me dijo.

Estaba claro lo que me quería decir, sobre todo porque subió al coche y cerró la puerta antes de que yo pudiera subir. Meneé la cola, deseando que cambiara de opinión, pero cuando vi que el coche se dirigía hacia el camino supe que ese día no habría paseo para mí.

Regresé a casa por la puerta de perros. Clarity estaba en su silla especial, una que tenía una bandeja en la parte de delante. Gloria estaba con ella e intentaba ponerle una cucharada de comida en la boca, pero Clarity escupía la mayor parte al suelo. Probé un poco de la comida de la niña: no la culpé en absoluto por escupirla. A veces dejaban que se llevara la comida a la boca con las manos, pero cuando se trataba de cosas realmente malas, su madre y Hannah debían forzarla con la cuchara.

—¡Tico! —exclamó Clarity, dando un porrazo en la bandeja de la silla con ambas manos, feliz. Parte de la comida salpicó a

Gloria en la cara, que se levantó con brusquedad. Se limpió la cara con una toalla y me fulminó con la mirada. Yo bajé la mía.

—No puedo creer que te permita andar por aquí dentro como si fueras el dueño de la casa —murmuró.

No albergaba esperanzas de que Gloria me diera galletas.

—Bueno, pues no será así mientras yo esté al mando. —Me miró un instante en silencio y, finalmente, sorbió por la nariz y dijo—: Vale. ¡Ven aquí! —ordenó.

La seguí obedientemente hasta la puerta del sótano. Gloria la abrió y dijo.

—Adentro. ¡Vamos!

Me imaginé lo que quería, así que crucé la puerta. Al otro lado, antes de bajar las escaleras, había una pequeña zona con una alfombra lo bastante grande para mí. Me di la vuelta y la miré.

—Te quedas aquí —me dijo, y cerró la puerta.

Al momento, todo se quedó a oscuras.

Bajé las escaleras, que eran de madera y que crujieron bajo el peso de mi cuerpo. No solía bajar al sótano, así que noté un montón de olores nuevos e interesantes por explorar. Explorar y, quizá, encontrar algo para comer.

18 *L*a luz en el sótano era muy tenue, pero los rincones estaban repletos de ricos y densos olores. En los estantes de madera había botellas polvorientas. Una caja de cartón, medio rota por los lados, estaba atiborrada de ropas que todavía despedían una maravillosa mezcla de los olores de los muchos niños que habían estado en la granja durante todos esos años. Inhalé profundamente, recordando mis carreras por la hierba en verano y los saltos en la nieve cuando llegaba el invierno.

Sin embargo, a pesar de esos fantásticos olores, no había nada interesante para comer.

Al cabo de un rato, oí el inconfundible sonido del coche de Hannah, que se acercaba por el camino. La puerta del sótano se abrió con un leve chasquido.

—¡Chico! ¡Ven aquí, ahora mismo! —ordenó Gloria, cortante.

Subí las escaleras a toda prisa, pero tropecé en la oscuridad y sentí un agudo dolor en la pata trasera. Un dolor agudo y profundo. Me detuve y miré a Gloria, que estaba en el quicio de la puerta. Esperaba que me dijera que, fuera lo que fuera con lo que me había golpeado, no pasaba nada.

—¡He dicho que vengas! —gritó.

Cojeé un poco al dar el primer paso, pero sabía que debía hacer lo que me ordenaba. Intenté no apoyarme mucho en la pata y eso pareció ayudarme.

No me gustaba especialmente que Gloria me pusiera la mano encima; además, sabía que, por algún motivo, estaba enfadada conmigo, así que intenté no acercarme mucho a ella.

—¿Hola? —llamó Hannah. Su voz llegaba como un eco desde arriba de las escaleras.

Intenté acelerar el paso; la pata parecía estar un poco mejor. Gloria se dio la vuelta y entramos en la cocina.

—¿Gloria? —dijo Hannah. Dejó unas bolsas de papel en la mesa y yo me acerqué a ella meneando la cola—. ¿Dónde está Clarity?

—Al final la puse a dormir un rato.

—¿Qué estabas haciendo en el sótano?

—Yo... estaba buscando un poco de vino.

—¿Vino? ¿En el sótano? —Hannah bajó una mano y se la olí, pues me llegaba el aroma de algo dulce. Estaba muy contento de que hubiera regresado a casa.

—Bueno, pensé que tendrías bodega ahí abajo.

—Ah. Bueno, no. Creo que tenemos un poco de vino en el armario, bajo la tostadora. —Hannah me miraba, así que meneé la cola—. ¿Chico? ¿Estás cojeando?

Me senté. Hannah dio unos pasos hacia atrás y me llamó. Me levanté y fui hasta ella.

—¿No te parece que cojea un poco? —preguntó Hannah.

—No sé —repuso Gloria—. Soy experta en niños, no en perros.

—¿Chico? ¿Te has hecho daño en una pata?

Meneé la cola por el puro placer de recibir su atención. Hannah se agachó y me dio un beso entre los ojos, y yo le di un lametón. Luego, fue hasta la encimera.

—Oh, ¿no querías galletas? —preguntó.

—No puedo comer galletas —respondió Gloria con desprecio.

Nunca había oído pronunciar la palabra «galletas» de una forma tan negativa. Hannah no dijo nada, pero soltó un leve suspiro mientras empezaba a ordenar las cosas que había traído a casa. A veces, cuando regresaba, traía un hueso; pero esta vez sabía por el olor que no había encontrado ninguno. La miré, alerta a pesar de ello, por si acaso estaba equivocado.

—Y tampoco quiero que Clarity coma ninguna galleta —dijo Gloria al cabo de un minuto—. Ya está bastante gordita.

Hannah se rio un momento, antes de cambiar el gesto.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio.

20 Al cabo de un momento, Hannah volvió a ocuparse de las bolsas de la compra.

—Vale, Gloria —dijo, en voz baja.

Al cabo de unos días, Gloria estaba sentada al sol, en el jardín, con las rodillas dobladas cerca del pecho. Se había puesto unas pequeñas bolitas entre los dedos de los pies y se los estaba tocando con un pequeño palo mojado con un producto químico que hacía llorar los ojos. Cada dedo de sus pies quedaba más oscuro cuando había terminado con él.

El olor era tan fuerte que superó el desagradable sabor que todavía tenía en la boca, a pesar de que se había hecho más potente con el paso de los días.

Clarity había estado jugando con un juguete, pero ahora se había puesto en pie y se alejaba caminando. Miré a Gloria, que tenía los ojos clavados en los dedos de los pies y la lengua un poco fuera de los labios.

—Clarity, no te alejes —dijo Gloria sin prestar mucha atención.

Chico es un buen perro. Tras la búsqueda de sus propósitos de vida a través de distintas reencarnaciones, está seguro de haber encontrado una nueva vida que le llena del todo. Mientras observa con curiosidad a la pequeña Clarity –una bebé que siempre está haciendo peligrosas travesuras–, Chico está convencido de que es la niña ideal para pasar con ella esta nueva etapa.

Cuando Chico reencarna de nuevo, descubre que tiene un nuevo destino. Es feliz porque vuelve a ser adoptado por Clarity, ahora una enérgica pero problemática adolescente. Pero cuando de pronto los separan, Chico se pregunta quién se encargará de cuidarla.

Una cautivadora historia de amor, esperanza y entrega que hará que nos planteemos si cuidamos nosotros de nuestras mascotas o son ellas quienes cuidan de nosotros. Mucho más que una enternecedora historia sobre perros, *La razón de estar contigo*. *Un nuevo viaje* es un conmovedor relato de lealtad y amor que atravesará todas las barreras.

**No te pierdas la aclamada continuación
de la exitosa novela de W. Bruce Cameron.**



FA FICCIÓN MODERNA
Y CONTEMPORÁNEA

ISBN 978-841-709-249-8



9 788417 092498



rocaeditorial
www.rocaeditorial.com
@RocaEditorial